



## Capítulo 410 - Ella está usando su técnica definitiva

La llama de Zafiro rugió por el cielo como un cometa divino, empujando el hielo de la Emperatriz de regreso al abismo de donde vino. Por un momento, el equilibrio parecía estable—dos extremos bailando al borde del colapso.

Pero fue sólo por un momento.

Una grieta afilada atravesó el aire. Casi imperceptible.

Como si algo, justo en el centro del choque, se hubiera... roto.

Virgilio entrecerró los ojos.

"Zafiro... exageró."

Sepphirothy lo sintió incluso antes de verlo — el flujo de maná había cambiado. El aire comenzó a volverse pesado, doblándose sobre sí mismo como si el espacio hubiera comenzado a colapsar. Una grieta invisible serpenteaba entre las dos potencias en colisión.

Entonces todo lo que había sido contenido se derrumbó.

Una explosión silenciosa envolvió el campo de batalla. No hubo ningún sonido. Sólo luz.

Blanco. Puro. Cegador.



Cuando la visión regresó, el mundo ya no era el mismo.

El cráter se había convertido en un valle invertido —el suelo se hundió, agrietado en profundas fisuras, de donde surgían vapores helados como espíritus errantes. Los cielos temblaron. Los copos de hielo cayeron lentamente, pero se disolvieron antes de tocar el suelo, quemados por la presión del calor residual.

En el centro de todo, la Emperatriz Dragón Platino... era diferente.

Sus alas ahora eran dobles —una capa etérea y translúcida brotaba sobre las originales como un aura viviente. Sus ojos, antaño de un azul helado, ahora brillaban con una luz casi plateada, divina y profana al mismo tiempo.

Ella no rugió.

Ella respiró. Lentamente. Rítmicamente. Como si finalmente hubiera despertado.

Virgilio dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos. "Ella está estabilizada..."

Sepphirothy apretó los puños. "Demasiado pronto. "Esto no debía suceder ahora."

Zafiro, flotando en el cielo, seguía sonriendo — pero sus ojos parpadeaban discretamente. El calor a su alrededor flaqueó. Como si su propia llama hubiera flaqueado.

La Emperatriz la miró.



No como una bestia. Pero como entidad.

Y luego ella habló.

"Tú... morirás."

La voz era múltiple — cada palabra resonaba con diferentes tonos, como si cada capa del ser de la Emperatriz hablara junta.

"Quieres lapidarme. Refíname. "Contenme."

La atmósfera tembló. El tiempo pareció ralentizarse.

"Pero tú... no tienes ningún derecho."

Fue entonces cuando se rompió el sello del pecho de la Emperatriz.

No físicamente. Pero mágicamente. Un sello antiguo, colocado para contener la esencia primordial de lo dracónico... destrozado en mil fragmentos que se evaporaron en el aire como polvo de estrellas.

Y con ello se desató el infierno.

Un antiguo campo de energía explotó desde el cuerpo de la Emperatriz —no era hielo ni maná. Era algo más allá. Una fuerza cruda y sin filtros. Parte de ella, parte del mundo que la creó. La verdadera esencia de la Era de los Dragones.





Todo lo tocado por esta energía comenzó a desmoronarse.

Montañas erosionadas. Los árboles se convirtieron en cenizas congeladas. El suelo se abrió en vetas de luz que no deberían haber existido. El aire gritaba —literalmente gritaba— como si la realidad misma estuviera tratando de alejarse.

El cuerpo de Sapphire fue arrojado hacia atrás, atravesando el cielo como un cometa de llamas que se desvanecía con cada segundo que pasaba. Vergil tuvo que invocar seis sellos mágicos sólo para mantener al Dragón de las Sombras en pie.

"¡Zafiro!" gritó, pero su voz fue tragada por el rugido del mundo.

Sepphirothy no respondió. Sus ojos estaban fijos en la Emperatriz.

"Es demasiado tarde..." susurró.

La Emperatriz extendió sus alas —ahora resplandecientes— y voló.

La velocidad era imposible. Cruzó el cielo en un instante y chocó con Zafiro en el aire. No fue un golpe. Fue un impacto entre fuerzas que nunca deberían coexistir.

El cuerpo de Sapphire fue arrojado hacia abajo, abriendo un nuevo cráter —mucho más grande que el anterior. Una columna de fuego se elevó hacia el cielo como una llamarada solar. Y luego... silencio.

Durante un segundo entero nadie se movió.





Virgilio descendió con el dragón. El mundo parecía a punto de colapsar.

"¿Zafiro?" Él llamó.

Nada.

En el centro del cráter, las llamas se... extinguieron.

Sepphirothy saltó. "No. No es posible..."

El suelo bajo sus pies gritaba en protesta, crujiendo bajo el impacto de su presencia. Ella no dudó. Los guantes negros de sus manos se abrieron y los símbolos rúnicos a lo largo de sus brazos comenzaron a brillar —primero azul, luego dorado, luego tonos de gris que parecían más antiguos que el tiempo mismo.



"No puedo permitir que esto se propague"

Vergil la miró fijamente. "¿Qué vas a hacer?"

"Cierra la celda antes de que el infierno devore el infierno."

Extendió los brazos ampliamente y una ráfaga de viento atravesó el paisaje como una espada invisible. El aire a su alrededor se congeló y ardió al mismo tiempo—el tiempo y la realidad comenzaron a doblarse a su alrededor.

Poco a poco, Sepphirothy comenzó a murmurar.

No fue un hechizo común y corriente.



Las palabras que pronunció no existían en ningún idioma vivo. Cada sílaba resonaba como un susurro de las grietas del tiempo, como ecos de un mundo que nunca existió. Las runas de su piel comenzaron a desprenderse, una a una, flotando a su alrededor como satélites de un dios.

"..." Sepphirothy comenzó a conjurar varias runas demoníacas con su propio poder, utilizando un lenguaje antiguo que Virgilio no conocía...

El cielo comenzó a oscurecerse, no con nubes, sino con el tiempo condensado. El espacio entre segundos fue sellado. Las sombras de los árboles dejaron de moverse. Las partículas en el aire se congelaron a mitad del giro. Incluso la luz flaqueó.

Y entonces apareció la barrera.

Un muro colosal de energía curva y translúcida se elevó desde el suelo con el rugido de una montaña naciendo. Era una cúpula. Un capullo gigante que envuelve el cráter, Zafiro, la Emperatriz—todo. No estaba hecho de materia, sino de tiempo condensado.

Vergil tuvo que retirarse apresuradamente, protegiendo sus ojos del resplandor insoportable que explotó en el momento de la activación. Cuando volvió a mirar, el paisaje ya no era el mismo.

Todo lo que había dentro de la barrera se había detenido.

El caos, congelado.

¿El polvo en el aire? Inmóvil.



¿El incendio, a mitad de una explosión? Estático.

¿Incluso el aura de la Emperatriz? Sellado.

Los ojos de Virgilio se abrieron. "Tú... detuviste el tiempo por completo..."

Sepphirothy cayó de rodillas, jadeando.

"No... No detuve el tiempo. Sólo este espacio. "Una prisión de momento absoluto."

La barrera ahora brillaba con líneas concéntricas que giraban en direcciones opuestas. Los símbolos arcanos giraban como engranajes alrededor de su superficie —representando horas, días, estaciones, milenios—, todos superpuestos en un ciclo imposible.



"Sellada en el segundo antes del colapso", murmuró Sepphirothy, apoyada en el suelo, con el cuerpo temblando. "Si la energía de la Emperatriz se extendiera... ni siquiera este mundo podría resistirla."

Virgilio bajó del dragón y se arrodilló a su lado. "¿Qué pasa con Zafiro? ¿Está ella viva?"

"Ella tiene que serlo. Si no lo es... esta prisión se romperá de adentro hacia afuera. "El equilibrio interno depende de la resistencia de las fuerzas internas"

Virgilio miró hacia la cúpula. En el interior, congelado como una vidriera de guerra, Zafiro seguía cayendo—una estatua de calor interrumpido. La



Emperatriz la siguió de cerca, un muro de destrucción detenido a centímetros del impacto.

"¿Qué hacemos ahora?" Él preguntó.

Sepphirothy cerró los ojos. De su nariz goteaba sangre y sus manos temblaban de cansancio.

"Ahora... rezamos para que el prisionero despierte... antes de que la prisión ceda."

Vergil se puso de pie y miró la prisión temporal con un rostro tenso.

Dentro de la prisión, congelada en el tiempo, comenzó a latir un leve calor.

Al principio era imperceptible. Una voluta de vapor se formó alrededor del cuerpo suspendido de Sapphire, que todavía caía — inmóvil, congelado en un momento que no debía avanzar. Pero el calor no respetaba las leyes. Fue... instinto. Furia. Vida.

Los ojos de Zafiro se abrieron.

No lentamente. No aturdido.

Simplemente se encendieron, como dos llamas azules que queman lo imposible.

El tiempo, incluso sellado, parecía flaquear. Las líneas de la prisión se agrietaron ligeramente — como vidrio bajo presión. Una grieta sutil dentro de la barrera de Sepphirothy.





Zafiro movió los dedos. Luego sus puños. Luego sus pies.

Y entonces, el mundo interior de la prisión tembló.

Ella estaba de pie. El calor que salía de su cuerpo no sólo era más intenso — era absurdo. Las partículas congeladas que la rodeaban comenzaron a arder, una a una, derritiéndose con trágica e inevitable lentitud.

Zafiro miró a la Emperatriz.

La pared dracónica permaneció bloqueada a centímetros del impacto —sus ojos se congelaron en medio de la furia de la esencia primordial. Intocable. Indestructible.

Pero algo dentro de Zafiro... había cambiado.

Ella dejó escapar un suspiro.

"A la mierda."

Su voz no resonó. No fue un sonido.

Fue una declaración.

"Voy a matar."

Y fue entonces cuando comenzó la verdadera transformación.





El aire a su alrededor se volvió incandescente. Gravedad invertida, retorcida. De sus poros salían llamas, sí — pero no eran llamas comunes y corrientes. Eran llamas conscientes, como espectros del fuego original. Como si cada fragmento del alma de Zafiro hubiera decidido arder con ella.

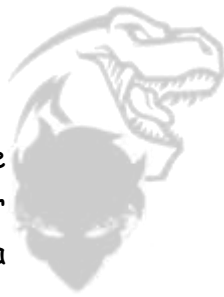
Su aura explotó.

Diez veces.

Cien veces.

Quizás más.

El interior de la barrera gritaba de pura agonía. Las estructuras del sello de Sepphirothy comenzaron a parpadear, alarmadas. No por fracaso, sino por exceso. La prisión temporal fue diseñada para contener el caos de la Emperatriz — no el despertar de un infierno aún mayor.



Todo empezó a arder.

¿El suelo helado? Se derritió.

¿El tiempo congelado? Tembló.

¿La prisión? Se agrietó de nuevo.

Las runas del cuerpo de Sapphire comenzaron a aparecer en rojo incandescente — marcas antiguas, sellos que ni siquiera sabía que llevaba



conscientemente, y ahora emergían como brasas sobre carne cruda. Sus ojos ardían de blanco y azul. No hubo ninguna vacilación. Ya no quedaba nada que contener.

Ella era fuego.

Ella era juicio.

Y luego ella avanzó.

En un abrir y cerrar de ojos —o más precisamente, antes de que un ojo pudiera siquiera parpadear—, Zafiro estaba de pie ante la Emperatriz. El muro de poder congelado aún no se había movido. Pero Zafiro lo atravesó como un trueno que rompe el silencio.

Y el golpe... llegó.

No fue un puño. No fue magia. No era una espada.

Fue pura voluntad, condensada en un impacto directo, lanzado con todo lo que su universo podía reunir. El mundo no entendía lo que había pasado. La barrera del tiempo flaqueó una vez más. Las líneas de tiempo superpuestas se invirtieron. Pero por dentro —en ese instante— la Emperatriz fue golpeada.

Y el resultado... fue la destrucción.

La mitad del cuerpo de la Emperatriz desapareció.

No explotó.





No fue empujado.

Se desintegró.

Como si todo lo que existía en esa mitad —carne, hueso, hielo, esencia— hubiera sido eliminado de la ecuación de la realidad.

El ala izquierda había desaparecido.

La parte inferior del torso desapareció.

El lado izquierdo del rostro se convirtió en cenizas de luz.

Comenzó a formarse un grito—un sonido tan vasto y abismal que resonó incluso en la prisión atemporal.



Pero Zafiro ya se había retirado.

Y ahora flotaba en el aire, con los ojos fijos en su enemigo, como una diosa de la destrucción que había decidido que el mundo era demasiado pequeño para que esa criatura existiera.

"Crees que eres inevitable", murmuró con los dientes apretados. "Pero soy mayor que tu miedo."

La Emperatriz se tambaleó, incluso dentro de la prisión temporal. La ya frágil estructura de la barrera de Sepphirothy comenzó a brillar de color naranja. Las alarmas arcanas sonaron en silencio. Los sellos se estaban derrumbando



—no por error, sino porque el interior ya había excedido el límite de lo soportable.

Afuera, Sephirothy abrió los ojos con un sobresalto.

Vergil le agarró el hombro. "¿Qué pasa?!"

Ella susurró:

"Zafiro... ella... ella está usando su Técnica Definitiva..."

Virgilio miró hacia la cúpula.

Llamas.

Demasiadas llamas.

"Mierda... esa cosa... ¿está drenando la energía del tiempo?" Preguntó, viendo cómo se derrumbaba la barrera... "Maldita sea..."

